



GOLPE DE GRACIA

YOLANDA ARROYO

*El amor consiste
en que dos soledades se protejan,
se limiten y se reverencien, una a la otra.*

Rainer María Rilke

La lucha ha sido dura e incesante. Y por demás entretenida. Aunque suene morboso, la pelea ha acaparado la atención de transeúntes y gente de los alrededores. La verja de la escuela se ha atiborrado de espectadores que se han acercado para ver lo que sucede sobre la acera. Los estudiantes se menean afuera y agitan el metal gritando toda clase de improperios. Varios vejetes se han quitado los espejuelos para ver mejor. Algunos hombres sonríen con la boca dibujada de groserías. Una anciana, la más canalla, se ha incluido en el pleito —aunque guardando distancias— tirándole refrescos, agua y hielo por encima a las gladiadoras. El sol de Río Piedras se luce en todo su esplendor, enfocando sobre la tarima improvisada los dos cuerpos aceitosos de sudor y lágrimas.

Las dos mujeres caen de sobre la acera, a la calle. Se raspan con el embreado y se laceran los codos. Han copado todo los trucos de sucias luchadoras habidos y por haber. Puños, picadas de ojos, jalones de pelo, llaves alemanas, arañazos. La de la pantalla en la nariz sostuvo la cabeza de la rival entre sus brazos por un espacio de tiempo que a mí me pareció infinito. Le apretó el cráneo con dureza. Luego perdió la pantalla en un arranque sin misericordia de la otra mujer, mucho más voluminosa que ella. Ésta giró y agitó las manos con pezuñas acrílicas. A ésa, la susodicha voluminosa, todo lo que tenía de grande, se le concentraba en el vientre a punto de estallar.

Estabas a poco tiempo de entrar a mi vida y yo sin saberlo. Hoy me parece que ha pasado tan poco tiempo y en realidad han pasado varias décadas. Para serte honesta, no sólo yo lo desconocía. En realidad nadie sabía que vendrías a mí. Me enteré sin querer por una de esas histéricas vueltas que da la vida.

Quise hacer algo razonable. Algo así como separar a las dos mujeres que daban tal espectáculo, especialmente porque la voluminosa, la de la panza abultada, me parecía en un estado delicado. Era peligrosa la proeza que realizaba. Intenté llegar hasta ella, pero la muchedumbre en derredor me lo impidió. Además, alguien que se encontraba más cerca que yo de la verja, cuyo letrero leía Zona Libre de Armas y Drogas, había intentando mi idea. Se interpuso entre las gatas salvajes, sólo para recibir una buena porción de rebeldes puñetazos.

La nariz de la morena alta, ahora huérfana de arete, sangraba y estaba malditamente rasgada y abierta por el medio. Mientras, las palmas de sus manos seguían profiriendo



pescozós y galletas a la otra, respetando hasta cierto modo la zona limítrofe hacia el sur, donde se gestaba otra vida. Pero la otra, la corpulenta preñá, no daba guerra sin cuartel. Luego de varias patadas, desgarramientos de pechos, azote de rodillas y cabezazos incluidos, dejó a la contrincante sin la camisa —entre vítores y aplausos de la muchedumbre—, tatuándole en la teta izquierda un mordisco que prometía quedarse allí para siempre.

Fue cuando intervino la policía, que no hizo mucho, pero al menos desintegró el espectáculo y las intenciones de motín que desde el interior del plantel se iban cuajando entre la descendencia de ambas mujeres. Los muchachitos, hijos todos de una y de la otra, amenazaban con vengarse entre ellos mismos. Los biombos azules se encendieron, esposaron a las dos y nadie llamó al Departamento de la Familia porque alguna pala consanguínea tenía la mulata, ahora desprovista de un orificio nasal. Al parecer no era la primera vez que protagonizaba tales menesteres.

La campana de la escuela sonó y todos, incluyendo a los hijos de las dos mujeres, se tiraron en manada escapista hasta sus respectivas casas.

Yo me di la vuelta y regresé junto a los demás consumidores hacia el interior de la tiendita de efectos de oficina que se hallaba enfrente. Todos habíamos salido ante la alarma de guerra inminente y como buenos averiguaoos, realizamos nuestra gesta de observar y comentar la batalla. Casi se forma un pleito también dentro de la tiendita, porque obviamente la fila para sacar copias fotostáticas que en amable armonía llevábamos hasta antes del toque de queda, se había desvanecido ahora, y como buenos boricuas, todos intentamos hacernos pasar por el siguiente a ser atendido. Yo traté de enajenarme del asunto, una vez comprobado que había gente de mucha más fuerza física antes que yo allí, y a decir verdad, había sido la última en entrar a sacar las copias. Me hice la desentendida y me recosté al final del counter, acomodándome los espejuelos sobre el tabique y abriendo por enésima vez las páginas de *Cartas a un Poeta*. Leí otro poco de aquel libro mientras esperaba mi turno. Me encantaba Rilke, el autor, y su sentido de la estética, y su ingenio para contestar preguntas existenciales a los ojos de un escritor que empieza, pero mi cheque del mes no había dejado sobrantes para lujos, mucho menos para lujos literarios. Así que tenía que conformarme copiando algunas páginas del tomo prestado por la Biblioteca Municipal.

En eso, dos urracas que esperaban frente a mí se fueron en catarsis, y luego de lamentar el idílico suceso en los perímetros escolares, declarándose conocidas fijas de alguna maestra íncuba de la escuela, decidieron enumerar las más recientes peripecias de las dos contendientes. Que ambas eran flejes atiborradas de muchachos peleándose por el mismo macho, cuándo no. Que la panzona iba ya por el sexto hijo de un sexto padre, al cual, al parecer, le pertenecía la mitad del hijo anterior declarado “bastardo compartido” por alguna corte de barrio salomónica. Que la de la rajada de nariz era hija de una trabajadora social que siempre le tiraba la toalla, en especial cada vez que Servicios Sociales le quitaba los gemelos por aparente venta y distribución de narcóticos. Que la de la bola en la barriga le había parido el primer hijo a su propio padre, y el segundo se le había escurrido de la pinga a uno de sus tíos. Que el mayor de esos nenes cursaba el tercer grado, en el mismo y propio salón en que se encontraban los gemelos de la narizona moquiabierta. Que el bebé más chiquito tenía diez meses, y que se lo había sostenido en brazos la conserje de la escuela para que pudiera meterle las manos a la otra. Se sobreentendía entonces que se había dejado preñar en la cuarentena, la muy cohete. Que estaba harta de criar muchachos, que se metía con

hombres casados, que se había metido hasta con el director de la escuela en alguna ocasión y se rumoraba que la quinta concepción, la penúltima, se disputaba entre él y un muchachito de cuarto año que se graduaba en mayo, eje central del conflicto de faldas de hoy. En fin, todo un poema. Saqué mis copias y me quedé con la intriga. Me picó demasiado la curiosidad. Regresé al día siguiente.

Al otro día volví a ver a la panzona machucada y llena de moretones en los brazos, golpes que estoy segura no se debían a la pelea de la tarde anterior. Me dio la impresión que alguien adicional había influido en su estado de total desastre de hoy. Yo mascaba un chicle, y me paseaba frente a la escuela en chancletas metedeos y medias deportivas. No es un atuendo tradicional, pero soy así, media rara y muy introvertida para mis cosas. Apenas me cepillo el poco cabello, lacio y muerto, y jamás camino sin mis espejuelos. Me gusta hacerme dubis con hebillas metálicas largas y de colores, porque en ocasiones me las combino con el atuendo.

Tan pronto vi a la gladiadora encinta me metí a la tienda de fotocopias para disimular, y husmeando me di cuenta como aún con su enorme vientre, empujaba un cochecito muy simple y sucio. Adentro del cochecito un nene de diez meses se desgallaba a moco tendido, y una nena como con veinte trencitas multicolores, que no pasaba los tres años de edad, le jalaba la falda para pedirle un dulce. Al sonar el timbre se le unió el resto de la tribu: otra nena con uniforme del kinder, y dos varones altos para su edad que parecían integrar los grados primarios. Recogió al grupo, como gallina que recoge a sus pollitos, y alzó el rostro de manera desafiante, en busca de la otra que no había hecho acto de presencia. Yo me quedé pasmada, pensativa. Me compré una malta grande y una empanadilla de queso y me fui.

Al día siguiente repetí la historia, pero esta vez me llevé una cámara desechable de Walgreens. Le tomé fotos a todos y a cada uno de ellos, sin el flash, intentando que no se dieran cuenta.

El cielo es azul porque la luz del sol, que es blanca, al llegar a la atmósfera se dispersa. El sol es amarillo porque éste es el color resultante de quitarle a la luz blanca el componente azul. Conozco en detalle los efectos físicos de los colores sobre los astros porque en una ocasión en que me daba quimioterapia casi a diario, y no tenía mucho que hacer más que esperar por los médicos, por las enfermeras y los técnicos de laboratorio, me llevaba conmigo toda suerte de lecturas que me distrajeran, incluidas entre ellas claro, a Rilke. Durante esa época también aprendí que el mar es azul porque refleja el color del cielo, y no porque sea propiamente azul. Y si a veces el mar se presenta verdoso, es debido a diminutas algas que componen el plancton, las cuales son verdes como todas las plantas que realizan la fotosíntesis.

La fotosíntesis la estudié en noveno grado, cuando tenía apenas 15 años cumplidos. De esa misma edad fui operada por primera vez un 5 de octubre de 1985 debido a un tumor en el tallo mucoso del endometrio que resultó ser maligno. Aquella fue la primera de muchas intervenciones a las que tuve que someterme en los tres años y medio siguientes, además de la

quimio y la radioterapia. Muchas veces parecía que no iba a sobrevivir, pero siempre me recuperaba por alguna extraña razón que me mantenía atada a este planeta. De verdad que nunca me expliqué el porqué. *Nunca hasta verte. Ahora sé que has sido tú la razón de que me mantuviera yo con vida.*

En cierta ocasión, camino del hospital para ser tratada, tuve convulsiones y dejé de respirar. Me practicaron la resucitación cardiopulmonar, y volví a este mundo, un mundo idiota y sin sentido. Me dieron de alta pasadas unas semanas, pero unos días después me encontraba de nuevo en el hospital para someterme a otra operación que me extirparía la matriz y los ovarios. Estuve vomitando sin parar por varios meses, sangrando coágulos mayores a los tumores que alguna vez me habían arrancado. *Luego, sin duda alguna y en espera de conocerte, me estabilicé.*

La tarde en que me decidí a dialogar con la panzona de algún evento casual, ya me encontraba en trámites de venta de los muebles y el auto. Acababa de leer un reportaje que anunciaba que los bebés necesitaban contacto físico, no ser un simple cuerpo de carne y hueso que come y respira. Me preguntaba mientras lo leía, cómo haría aquella mujer para atender tantas crías. Cómo haría para dedicarles tiempo, calor, cariño. Cómo haría para prestarles la atención necesaria a todos y a cada uno.

Me había leído en la Biblioteca un cuento de hadas madrinas y bebés recién nacidos. También había vuelto a pedir prestado el libro de Rilke, aunque en esta ocasión no le pensaba sacar copias a ninguna de sus páginas. Entonces, para cerrar con broche de oro, mientras esperaba a la tal Maribel, así se llamaba la tipa embarazada, me había quedado frente a la escuela mascando chicle. Disimulé como quien espera a algún sobrino, con mi consabida cabeza repleta de pinches en un dubi bastante tradicional. Tenía además puesta una sudadera calurosa y unos pantalones brincacharcos, que yo les llamaba de modo indulgente, mahones estilo caprí. Como siempre, mis culo de botellas sobre los ojos y un paraguas para el sol.

Quise hacer conversación con la mujercita, pero no se me hizo nada fácil. Traté el tema del clima, el de la política y el de los cupones. Ese pareció vigorizarla, ya que recibía buena remuneración por su manada. Se alzó de hombros y comenzó a quejarse conmigo de la tarjeta de salud y de la paradoja del voto mixto y los consabidos pivazos. Todo esto mientras miraba su reloj y le vociferaba de a ratos a la conserje, que acabara de abrir los portones para que salieran sus hijos. Decía tener miles de cosas que hacer mejores que estar allí, bajo el sol, esperando a que a ellos les diera la gana.

Le dije a Maribel que le prestaba mi sombrilla, y me lo agradeció, y se sintió en la obligación de continuar hablándome. Yo entonces alabé a sus dos mocosos imberbes que me miraban con curiosidad extrema, y a los cuales distraje obsequiándole paletas. Quise establecer una empatía y le comenté a ella lo que había leído recientemente sobre el calor familiar que deberían recibir los niños de corta edad. Me dijo que su papá se había pasado por el forro eso de darle calor a ella. Se ríe a carcajadas, creyendo que yo no entendería, y luego se quedó muy seria. Yo insistí con el tema y le mencioné que un estudio publicado afirmaba que “los

niños que crecen sin que se les abrace y acaricie, a menudo poseen niveles excesivos de hormonas del estrés”. Añadí que los investigadores creen que el hecho de verse desatendidos durante la infancia “puede tener graves efectos de largo alcance en el aprendizaje y la memoria”. Hasta hice así con los dedos, para dejarle saber que era una cita entre paréntesis. Entonces quise saber qué opinaba.

Me esquivó la mirada de buenas a primeras. Luego me preguntó en un momento dado si yo era aleluya. Le dije inmediatamente que no. Prontamente insistió en averiguar si yo era de esos atalayas que visitaban a la gente en sus hogares por las mañanas. También lo negué. Fue entonces cuando se relajó, intuyendo que mi aseveración era simplista y de lo más casual, y comenzó una perorata interminable sobre el tema hasta que sonó el timbre del plantel y salieron los muchachos de las caballerizas. Del modo más fortuito que pude, para encubrir mis verdaderas razones, le pregunté que para cuándo daba a luz.

En una semana, me dijo.

Regresé a verla cuando ya había vendido todos mis muebles y me movilizaba en guagua pública. La Biblioteca me había dejado dos mensajes telefónicos inquiriendo sobre el destino de Rilke. Una pena. Yo los ignoré precisamente porque recién ese día había mandado a que me cortaran el teléfono y sabía que no me iban a molestar más.

Habían pasado un par de semanas. La costumbre de frecuentar la escuela me hizo sospechar que Maribel estaba de parto. Había estado unos cuantos días sin aparecerse. Vi que en tres ocasiones alguien que no era ella había ido a recoger sus nenes. Por allí me comentaron que se trataba de una vecina. A ella también le tomé fotos por si acaso. La tarde en la que hizo reaparición fue gloriosa. *Fue la tarde en que te conocí*. Nos saludamos Maribel y yo como siempre, y me enseñó a la recién nacida dentro del mismo cochecito viejo y harapiento de días atrás. *Ahora le colgaban de las faldas dos hijos en vez de uno, mientras tú ocupabas el espacio interior del coche*.

Al otro día me pinté mis hilachitas de pelo de color rubio y me coloqué una boina roja que me cubrió toda la cabellera. Los lentes de contacto adquiridos en las pasadas semanas también me los endilgué, sólo que para disimular, también me puse los espejuelos. Llené dos bolsos de mis pertenencias y me despedí de la señora del apartamento, dejándole pago un mes de renta adicional para que me guardara algunas cositas. La contactaría más adelante, si fuera posible, para enviar por ellas. Me puse un vestido de algodón que había comprado, de esos que no se estrujan mucho, y por encima del vestido me coloqué la sudadera de mangas largas y el caprí. Abrí la sombrilla de siempre y me dirigí a la escuela, caminando medio torpe por los espejuelos y los lentes de contacto que no me dejaban enfocar bien. Maribel se encontraba allí como todos los días, con su trulla de muchachos catarrosos esperando por el timbre.

Le dije que me dejara tomarte en brazos y argüí un centenar de elogios para tu bello rostro y tu cabello radiante que eran tan hermosos como las mismísimas noches de luna. Reíste en mi regazo y ya no necesité más permisos. Eras más mía que de aquella otra extraña mujer, ordinaria y pueril. Ella no te merecía. Le pedí permiso para mostrarle esta nenita tan preciosa a una amiga que me esperaba más allá de la esquina, y estúpida como era, desentendida y desinteresada de sus hijos, lo permitió. Imbécil y desprendida, porque si

hubiera sido yo, jamás te hubiera permitido en otros brazos que no fueran los míos. Jamás hubiera permitido que estuvieras, ni un solo segundo, lejos de mí. *Nadie que no fuera yo merecía tenerte, mi niña. Nadie, mi amor.*

Entré a un transporte público que me llevó al aeropuerto. Una vez allí, en uno de los baños me deshice de la boina, los espejuelos, te cambié la ropa, te afeité cuidadosamente la cabecita y te vestí de varón. Saqué mi pasaje aéreo que leía Orlando, Florida y esperé por la llamada de los altoparlantes. La azafata me dijo que eras un niño hermoso, igualito a mí. Mientras el capitán anunciaba el despegue, metí la mano en mi bolsa y saqué a Rilke. *En el camino te lo leí.*

Yolanda Arroyo. Autora puertorriqueña. Entre sus obras destacan: *La Macacoa, vivirse la creación literaria* (Ed., Boreales, 2012); *Saeta, the poems* (2011); *Avalancha* (cuentos, 2011); *Perseídas* (poesía lesboerótica) (2010 y 2011); *Caparazones* (novela) (España: Egales, 2010); *Epidemiología* (Boreales, 2010); *Los documentados* (Ed., Boreales, 2005 y 2010); *Medialengua* (Editorial Situm, 2010); *Historias para morderte los labios* (Ed. Pasadizo, 2009); *Ojos de Luna* (Terranova Editores, 2007); *Origami de letras* (Publicaciones Puertorriqueñas, 2004), entre otras.
Blog: <http://narrativadeyolanda.blogspot.com.es/>
Correo: yolanda.arroyo@gmail.com